

HOMILIA

Jueves: XI Semana
del Tiempo Litúrgico
Ordinario (Sir 48,1-15;
Sal 97,1-2.3-4.5-6.7;
Mt 6,7-15)

Memoria
de San Luis Gonzaga

MONS. FAUSTO
GABRIEL TRÁVEZ
TRÁVEZ, OFM
ARZOBISPO DE QUITO

Estimados Hermanos en el Episcopado,
Queridos Religiosos y Religiosas:

Bienvenidos a esta Casa y a nuestra Arquidiócesis de Quito.

Tú eres el lote de mi heredad,
Tengo siempre presente a/Señor;
El es mi gozo y alegría.

Por providencia, y no sólo coincidencia, la liturgia de hoy nos invita a la memoria de San Luis Gonzaga. Su vida, como la de todos los santos, es don de Dios y respuesta del alma: “Antes de formarte en el seno materno te escogí, te consagré y te nombré profeta” (Jr 1, 5).

La imaginación popular e infantiles tendencias devotas desfiguran con frecuencia la vida de los santos y ha desfigurado la de San Luis Gonzaga presentándolo casi como un ser extraterreno, despojándolo de su reciedumbre para arrancarse de las comodidades de la vida palaciega, a ejemplo de Ignacio y Francisco Javier, y asumir la vida de Religioso.

A los 10 años, edad entonces temprana, recibe de manos de San Carlos Borromeo, la Primera Comunión y ofrece al Señor

su castidad y la vive siempre, en su niñez y juventud, en escenarios no siempre adecuados, los de palacios y cortes reales, en Castiglione, Florencia, Valladolid y Mantua. A los 4 años viste ya uniforme militar en Casalmaggiore. Allí presencia el entrenamiento de 3.000 soldados destinados a Túnez, a la batalla final contra el Islam. Más tarde escogerá otro batallón, la Compañía de Jesús.

Algo más que vivir como ángel traído del cielo debió representar para el Marqués entregarse plenamente a Dios, en un mundo que no era precisamente un convento de monjas de claustro, por más que por aquellos años, reyes y príncipes se empeñaran en ser devotos cristianos, más allá del lujo y comodidades de la corte. Bien se aplica a San Luis la palabra que el Señor dirigió a Jeremías:

“... recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia, cuando me seguías en tierra yerma” (Jr. 2.2). Dios y la criatura se encuentran y Dios hace en ella maravillas, dispersa soberbias y derriba muros y la criatura responde: “yo soy tu siervo, hágase en mí tu voluntad”. Así nacen y así se hacen los santos, ellos, como nosotros viven, en tierra yerma. Para Luis lo fue

la corte, más tarde el noviciado, su temprana enfermedad y las calles de Roma, llenas de apestados.

No sé qué me impresiona más de San Luis Gonzaga, si su pureza y transparencia de alma, o cuando lo veo cargando sobre sus débiles hombros, por las calles de Roma, camino del Hospital de San Sixto, al apestado que lo contagió y lo llevó al sepulcro. Es el amor llevado al extremo. Luis no sólo vio en ese enfermo a Jesús, sino que lo amó con el amor con el que Jesús nos ama: hasta el extremo. No hay amor más grande que dar la vida por quien se ama. Luis Gonzaga, buen pastor y a la vez, buen samaritano.

El 10 de septiembre de 1965, Pablo VI abre la última sesión del Concilio Vaticano II con el discurso que intitula: “el amor clave del Concilio”. Quiero recordarlo en el umbral de su 50º aniversario. Su convocación, al decir del Papa Montini, arrancó a la Iglesia del sopor de la vida cotidiana. Es lo que hoy pretende Benedicto XVI al convocar el Año de la Fe. El Concilio, dice Pablo VI, despertó en la Iglesia la consciencia de su vocación y misión, el espíritu de profecía, la alabanza a Dios, el deber de proclamar al mundo el

misterio de la revelación y de la redención y así unir a los creyentes con Cristo. Concluye el Papa con una pregunta que a primera vista sorprende: ¿no es esto amor? (Cf. Pablo VI. El amor cifra del Concilio No. 10). Original forma de concebir el amor y que sin embargo nos acerca a la fuente del amor, al amor mismo que es Dios, como lo entendió San Juan en el prólogo de su Evangelio: Dios es amor.

Desde este insondable misterio, el Papa invita a los padres conciliares, y hoy a nosotros, compañeros y hermanos entre los hombres, a hablar humilde, filial, generosamente, en espíritu y en verdad con Dios nuestro Padre, aliviando el dolor que hay en el mundo, la aflicción y la inmensidad de las miserias y errores, a ser defensores del espíritu, tutores del destino humano, intérpretes de la esperanza (Cf. Id. 10): “Profeta de las naciones te nombré” (Jr. 1.5).

Vaya tarea, y sí que se necesita amar para cumplirla.

El 12 de noviembre de 1962, los padres conciliares aprobaron el Decreto sobre la Renovación de la

Vida Religiosa. No fue fácil, 1.145 obispos lo encontraron aceptable y 882 pidieron se reestructure. Dos tendencias se revelaron, la de los que insistían en la renovación del individuo, de cada Religioso, poniendo el acento en reglas y votos y la de los que creían necesario un planteamiento teológico que diera nuevas bases al servicio de los Religiosos al Cuerpo Místico de Cristo. El Cardenal Bea, jesuita como el Santo de hoy y uno de los grandes del Concilio, creía necesario partir de la formación de los Religiosos y centrarlo todo en Cristo, en Cristo persona y en Cristo Cuerpo Místico. El Religioso, decía, es parte de la Iglesia, debe respirar su vida y vivir en ella.

Los políticos anuncian sus revoluciones como abandono del pasado, los cristianos anunciamos la renovación como vuelta al pasado, a las fuentes. El Decreto Perfectae Caritatis nos da las pistas, válidas entonces y hoy:

- El seguimiento a Cristo, regla suprema.
- El carácter y fin peculiar de cada instituto.
- El espíritu de los fundadores y las sanas tradiciones que constituyen el patrimonio a guardar.

- La participación activa, en el contexto del propio carisma, en la vida y proyectos de la Iglesia.

Para los padres conciliares ninguna iniciativa surtirá efecto si no está vivificada por la renovación espiritual.

Me he detenido, en mi lectura, en el tercer párrafo del Decreto y he personalizado el texto aplicándolo a San Luis Gonzaga y, al final, a lo que el Señor espera de un Religioso fiel:

- Llamado por Dios a la práctica de los consejos evangélicos, se entregó de manera peculiar al Señor siguiendo a Cristo, virgen y pobre; se santificó en la obediencia. Impulsado por la caridad con la que el Espíritu Santo inflamó su corazón, vivió para Cristo y para la Iglesia.

Siguiendo a Pablo VI, en su discurso al Concilio, pido a Dios que esta reunión, en esta casa que con afecto les acoge, no pase inadvertida a la hora del espíritu y no se pierda luego en las vicisitudes cotidianas. No debéis sólo contentaros con vuestra convivencia de hermanos, riquísima en amistades y en experiencias compartidas. La mayor experiencia

debe ser Cristo, en cuyo nombre estáis congregados.

He citado varias veces al Papa del Concilio y al final quiero recordar un párrafo del impresionante discurso con el que abrió la segunda sesión del Concilio. A la primera había asistido como Arzobispo de Milán. Sus palabras valen hoy, cercano el momento de la clausura de esta Asamblea y de retornar por diversos caminos:

“Volvemos, pues, hermanos, a emprender el camino. ¿De dónde arranca nuestro viaje? ¿Qué meta deberá fijarse nuestro itinerario de modo que asiente sobre el plano de la historia terrena, en el tiempo y en el modo de nuestra vida presente, pero que se oriente al límite final y supremo? Una sola respuesta para nosotros mismos y para anunciarla al mundo: Cristo, Cristo nuestro principio, Cristo nuestra vida y nuestro guía, nuestra esperanza y nuestro término.

(Cf. Pablo VI Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio, 29 de septiembre de 1963).